

Elogio de la suegra

A todas las suegras que en el mundo han sido, son y serán, este elogio consagro.

Uno de los más difíciles oficios de la actividad humana es, sin duda, el de madre. Los poetas, los oradores y todos los hombres, en general, han dedicado los más cálidos—es la palabra consagrada—entusiasmos a loar la figura de la madre. Si yo, ahora, escribiera mi ditirambo, sería uno más en el infinito coro, ya que por mucho que estrujara mi cerebro, nunca habría una sola idea que no hubiera sido ya lanzada en tan laudable empresa.

Y, sin embargo, las madres son objeto de la más inhumana guerra. Los hombres comprendieron siempre lo cruel e injusto de semejante ataque. Y, como en tantas cosas, cambiaron el nombre, recrudescieron el odio, y con la conciencia ya tranquila durmieron felices. Si mencionamos la palabra madre la veremos acogida con mil ponderativas exclamaciones. Si decimos suegra, el más enconado rencor se apodera de todos los espíritus. Madre y suegra son una misma cosa. ¿Por qué hemos de mirarla con mirada bizca, y mientras a una miramos con nuestro ojo sereno y hermoso, a la otra la esquinamos entre los dobles y aristas del ojo bizco? Si tan hermosa es la madre, ¿cómo puede ser tan fea la suegra? Acaso un espíritu ecléctico tratara de arreglar la cuestión con su eterna compenenda de partir la diferencia, con lo cual enfadaría a todos y empeoraría la cuestión. Por mi parte, no estoy dispuesto a transigir. Quédese la buena madre en su altarcito, que yo me encargaré de tomar amorosamente en mis brazos a la buena suegra, y por la escalera que yo fabrique con mi sólido elogio subirla hasta el mismo altar, y ya allí, juntitas, como lo están en la vida, recibían proindiviso el eco de todos los cánticos humanos.

Juntitas y sin esas disensiones que en la vida tienen entre sí. No temblará la buena madre de la suegra de su hija, ni ésta de la de su hijo. La suegra dejará de ser suegra para ser solamente madre.

No seamos demasiado optimistas, sin embargo. Algún día hay interesado en que tal cambio no ocurra: el hijo político.

La idea del bien no existe si previamente no formulamos la idea del mal. El mal es el eje de la vida; más aún: es la vida misma. El bien no es sino la encarnación de la vanidad humana frente a la vida. Si se abriera una suscripción pública para hacer una cárcel, la encabezarían los grandes estafadores. El sencillo descuidado no prestaría su concurso. No se fundarían sanatorios si previamente no se fundaran enfermos.

El bien no triunfa a pesar del mal, sino por el mal.

He aquí justamente la grandeza de la suegra. Como todas las grandezas verdaderas, se presenta sencillamente, con voz velada por la discreción, sin más aparato que aquel que requiere estrictamente su decisivo papel.

Si la suegra se sintiera lo suficientemente suegra—según el equivocado y manido concepto—, se justificaría plenamente como tal. La suegra, sin embargo, se siente lo bastante madre para sufrir resignadamente las injusticias de que se le hace víctima. Podría sacudir de sus hombros la pesada e ignominiosa carga, y, lejos de eso, adopta el aire que más conviene a su papel. Y callan prudentes ante el yerno que esgrime ese juguete verbenero llamado "matasuegras" con toda la intención malévola de un eficaz insecticida.

El sacrificio de la madre está gratamente acompañado, y hasta difundido, por la asistencia cordial y ruidosa de toda la humanidad. Si el oficio de pobre no se sintiera tan asistido y halagado por tantas fiestas benéficas y "kermesses", seguramente lo seguirían muchos menos.

El sacrificio de la suegra no tiene más eco cordial que el que a cada una proyecte el cumplido deber.

El hombre ha creado la suegra para fundar el matrimonio. Un matrimonio sin suegra sería algo tan desairado como un manicomio sin locos.

Toda compañía dramática lleva en su elenco un hombre bueno, feo y sencillo. El es el encargado de esos papeles de marido burlado, novio suplantado y traidor. Sin él, el galán no triunfaría, llevándose el aplauso y admiración de las señoritas y señores de orden. ¿De qué sirve un leal si no hay un traidor? ¿Qué ocurriría en el drama si el traidor, dejándose llevar de su bondad nativa se arrepintiera antes de terminar la función? Seguramente la gente aplaudiría semejante resolución, y el único que trataría de impedirlo sería el leal, que vería truncado su importante papel.

La suegra es en la comedia del matrimonio el actor bueno, feo y sencillo. Sin ella la comedia está rota, y el galán y la dama—marido y mujer—quedan sin la máscara escénica. Si entonces ellos tuvieran que confesarse que el drama subsistía, el matrimonio quedaría malparado. Y veríamos al pobre marido actuar de traspunte solicitando a veces una suegra que justificara el drama.

Afortunadamente, este sentimiento del deber está perfectamente vinculado en cada suegra, y no es de esperar un relajamiento que tan funestas consecuencias tendría para la humanidad. La suegra seguirá como siempre. Y mientras allente mi pluma, tendrá en ella a su más ferviente y denodado paladín.

No me harán desertar de éste que considero puesto de honor, ni las insidias de algunos amigos casados, que me dicen que elogio a la suegra porque no la padezco, y que variaré de opinión tan pronto la tenga. No, mis pobres amigos, no. Vosotros mismos me entregáis las armas con que he de defenderme. Toda actitud ante mi suegra será interesada. En toda actitud interesada, la justicia queda sustituida

por el interés. El interés podrá ser o no justo. La actitud siempre será injusta.

Mi posición actual es totalmente justa, puesto que es absolutamente desinteresada. Por eso esgrimo vuestras propias palabras como la enseña más firme y contundente de mi actuación. Efectivamente: elogio a la suegra porque no la tengo.

Hellodoro CARPINTERO
(Prohibida la reproducción.)